
ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Campamento griego.

Entran AYAX y TERSITES.

AYAX.—¡Tersites!

TERS.—Supongamos que Agamenón tuviera granos por todo el cuerpo en general.

AYAX.—¡Tersites!

TERS.—Y que le corrieran por todas partes. Dime tú, ¿no correría en ese caso el general? ¿Y no sería cosa delicada?

AYAX.—¡Perro!

TERS.—¿Y no daría materia para que de él habláramos? Ahora no la da.

AYAX.—Hijo de loba, ¿no quieres oír? pues siente.

(Le golpea.)

TERS.—La peste griega te coja, señor buey.

AYAX.—Habla, levadura avinagrada, ó á fuerza de palos te daré mejores formas.

TERS.—Antes te transformaré yo á fuerza de burlas en discreto y honrado. Pero paréceme que primero apren-

derá tu caballo á pronunciar un discurso, que tú á rezar sin libro. Con que pegas, ¿no es verdad? ¡Mala peste en tus manos de penco!

AYAX.—Seta venenosa, ¿qué proclama es ésa?

TERS.—¿Piensas que no tengo sensibilidad, que así me pegas?

AYAX.—La proclama.

TERS.—Te proclaman tonto, según creo.

AYAX.—Vamos, puerco espín, vamos. Los dedos me pican.

TERS.—Ojalá que te picara desde los pies á la cabeza, y que tuviera yo que rascarte. Serías la mayor lepra de Grecia. Cuando sales á luchar pegas tan poco como el que menos.

AYAX.—La proclama te digo.

TERS.—Hablas mal, y te burlas de Aquiles á cada momento, y envidias tanto su fama como el Cerbero la belleza de Proserpina. Sí, señor, y le ladras.

AYAX.—¡Señora Tersites!

TERS.—Anda. Pégale.

AYAX.—¡Corcoveta!

TERS.—Te trituraría él con sus puños como un marinero á una galleta.

AYAX.—¡Perro mal nacido! (Le golpea.)

TERS.—Anda con él, anda.

AYAX.—Picota de bruja.

TERS.—Anda, anda con él. Señor de ingenio evaporado. Menos sesos tienes en el cráneo que yo en los codos. Un asno te puede enseñar. ¡Valiente jumento! Aquí estás sólo para zurrar troyanos, y la gente de poca ó mucha valía te compra y vende como á misero esclavo. Si me pegas, principiaré describiéndote desde los talones y diré, sér sin entrañas, lo que eres por pulgadas.

AYAX.—¡Perro!

TERS.—Noble miserable.

AYAX.—¡Chucho! (Le golpea.)

TERS.—Émulo idiota de Marte. Anda, bruto; anda, camello. Anda, anda.

Entran AQUILES y PATROCLO.

AQUIL.—Ayax, vamos, vamos. ¿Por qué haces eso? Vamos á ver, Tersites. Hombre, ¿qué ha ocurrido?

TERS.—Ahí lo ves, ¿no es cierto?

AQUIL.—Sí. ¿Qué ocurre?

TERS.—Bueno. Pero míralo.

AQUIL.—Eso hago. ¿Qué ocurre?

TERS.—Sí. Pero míralo bien.

AQUIL.—Bien está. Tal hago.

TERS.—Pero, no obstante, no lo miras bien, porque, aunque lo tomes por otro, es Ayax.

AQUIL.—Lo conozco, necio.

TERS.—Sí, pero ese necio no se conoce á sí propio.

AYAX.—Por eso le pegué.

TERS.—¡Bah! ¡bah! bah! ¡Qué menudas gracias son las tuyas! Se defiende con orejas de este tamaño. Yo le he zurrado el cerebro más que él me zurró los huesos. Medio óbolo valen nueve gorriones, y su pia mater no vale la novena parte de un gorrión. Este señor, Aquiles, es Ayax, que tiene su talento en el vientre y sus tripas en la cabeza. Te diré lo que acerca de él pienso.

AQUIL.—¿Qué?

TERS.—Digo que este Ayax.....

(Ayax trata de pegarle. Aquiles se interpone.)

AQUIL.—¡Vamos, amigo Ayax!

TERS.—Tiene menos ingenio.....

AQUIL.—¡Vamos! Forzoso es que te sujete.

TERS.—.....del que se requiere para cegar el ojo de aguja de Helena, en cuya causa viene á guerrear.

AQUIL.—Cállate, necio.

TERS.—Deseo la paz y la concordia; pero ese necio no las quiere. Ese que está ahí. Ese. Miralo.

AYAX.—Maldito perro, te.....

AQUIL.—¿Quieres medir tu ingenio con el de un loco?

TERS.—De fijo que no. El del loco le aventaja.

PATR.—Tersites, buenas palabras.

AQUIL.—¿Por qué reñís?

AYAX.—Ordenéle á ese vil mochuelo que me averiguara cuál era el tenor de la proclama, y se burló de mí.

TERS.—No soy tu criado.

AYAX.—Vete, vete en hora mala.

TERS.—Sirvo como voluntario.

AQUIL.—Tu último servicio te fué impuesto, no fué voluntario. Nadie deja que le peguen de buena voluntad. En este caso el voluntario fué Ajax, y tú serviste á la fuerza.

TERS.—Así es. También gran parte de tu ingenio yace en tus músculos. Gran pesca será la de Héctor si á cualquiera de vosotros os rompe el cráneo. Tanto le valdría partir nueces huera.

AQUIL.—¿También conmigo, Tersites?

TERS.—Ahí están Ulises y el anciano Néstor, cuyos sesos ya se habían enmohecido antes que vuestros abuelos tuvieran uñas en los dedos de los pies, que os uncen al yugo como á bueyes para que aréis en estas guerras.

AQUIL.—¿Cómo, cómo?

TERS.—Sí. La pura verdad. A Aquiles. A Ajax. Sí.

AQUIL.—Te voy á cortar la lengua.

TERS.—No importa. Así hablaré tanto como tú.

PATR.—Basta, Tersites. Cállate.

TERS.—Con que he de callar cuando el gozque de Aquiles me lo manda, ¿no es eso?

AQUIL.—Eso es para ti, Patroclo.

TERS.—Ahoreados os veré como badulaques antes que vuelva yo á vuestras tiendas. Me instalaré donde corra el ingenio, y abandonaré el partido de los tontos.

(Vase.)

PATR.—Buen viaje.

AQUIL. Pues bien: una proclama comunica
A nuestras huestes que, á la quinta hora
De amanecido el sol, vendrá mañana,
A un sitio equidistante de los muros
De la ciudad y nuestras tiendas, Héctor;
Que, al son de su clarín, retar pretende
A todo noble que animoso osare
Mantener no sé qué: majaderías.
Adiós.

AYAX. Adiós. ¿Quién es quien le hace cara?

AQUIL. No sé. Se echa á la suerte. De otro modo,
Quien fuera bien le consta.

(Vanse Aquiles y Patroclo.)

AYAX. ¡Ya! tú. Quiero saber más de este asunto.

(Vase.)

ESCENA II.

Troya. Habitación en el palacio de Priamo.

Entran PRÍAMO, HÉCTOR, TROILO, PARIS y HELENO

- PRÍA. Tras tantas horas, vidas y elocuencia
 Malgastadas, de parte de los Griegos
 Ved lo que Néstor otra vez nos dice:
 «Dadnos á Helena; y todo lo perdido,
 Honra, tiempo, dispendios y trabajo,
 Compañeros y sangre, y lo más dulce
 Que de esta guerra el alcastraz devora
 En fácil digestión, queda olvidado.»
 A esta proposición ¿qué dices, Héctor?
- HÉCT. Nadie menos temor al Griego tiene
 Que yo, por lo que atañe á mi persona;
 Pero, Priamo excelso,
 Dama no habrá de entrañas más sensibles,
 Más dispuesta á absorber vagos temores,
 Más pronta á contestar: «¿Pero quién sabe
 Lo que vendrá después?» que el mismo Héctor.
 Es plaga de la paz la confianza—
 La confianza omnimoda. Modesta
 Desconfianza es del discreto el faro,
 Tienta que sonda hasta su fin la herida.
 Dadles á Helena. Desde el mismo instante
 Que la primer espada en esta lucha
 Desenvainada fué, cual la de Helena,
 Una de cada diez de aquellas vidas
 Diezmadas de entre miles, apreciada
 Fué de nosotros.—De los nuestros hablo.

A cerrar, en tal caso, nuestras puertas
 Y á echarnos á dormir. Valor y honra
 Tendrán al cabo corazón de liebre
 Si se van á nutrir esas tendencias
 Con preñadas razones semejantes.
 Cálculos y razones debilitan
 Nuestro coraje, y el vigor nos quitan.

HÉCT. No vale lo que cuesta, hermano mío.

TROILO. ¿Qué vale más que el precio en que se aprecia?

HÉCT. El valor de un objeto no depende
 De nuestra voluntad. En sí reúne
 Mérito y dignidad, del mismo modo
 Que en la mente de aquellos que lo estiman.
 Es necia idolatría dar al culto
 Más grandeza que al Dios, y disparata
 Quien da valor á lo que, enfermo, aprecia,
 Si una muestra no vió de su valía.

TROILO. Elijo esposa. Mi elección tomada
 Fué por mi voluntad, á quien guiaron
 Mi vista y mis oídos, dos pilotos
 Que por las playas peligrosas surcan
 De nuestra voluntad y el juicio nuestro.
 Si ahora mi voluntad lo que eligiera
 No estima, ¿rechazar puedo á mi esposa?
 No hay modo de evitarlo, y es forzoso
 Firmes quedar donde el honor lo indica.
 Al mercader las sedas que se compran
 No se devuelven si una vez se usaron;
 Ni viandas sobrantes arrojadas
 A cualquier parte son estando ahitos.
 Que se vengara Paris de los Griegos
 Estimóse oportuno. Hinchó sus velas
 De vuestra propia aprobación el vaho.

Naves y vientos, enemigos siempre,
 Treguas pactaron en obsequio suyo.
 Llega á puerto; y, en cambio de una tía
 Anciana ya, cautiva de los Griegos,
 Griega reina atrapó, cuya frescura
 Y juventud de arrugas llena á Apolo
 Y envejece á la Aurora.—¿Qué motivos
 Retenerla nos hace? ¿No retiene
 El Griego á nuestra tía? Conservarla
 La pena vale. Es perla cuyo precio
 Logró botar al mar más de mil buques,
 A reyes transformando en mercaderes.
 Si fué oportuno el que partiera Paris,
 Y es preciso admitir que tal creisteis,
 Pues «id, id», á una voz dijisteis todos:
 Si confesáis que trajo noble presa,
 Y es forzoso admitirlo, pues aplausos
 Le disteis al gritar: «No tiene precio»;
 ¿A lamentaros vais de las resultas
 De aquello que estimasteis oportuno?
 ¿Y haréis lo que Fortuna nunca hizo,
 Menospreciar aquello que estimasteis
 Cual la tierra y el mar? ¡Oh infame robo!
 ¡Robar aquello que guardar se teme!
 ¡Ladrones del valor del robo indignos!
 Daño que hacemos en la patria ajena,
 En casa confesar nos causa pena.

CASAN. (Dentro.) ¡Llorad, llorad, Troyanos!

PRÍA. ¿Quién grita así? ¿Qué lamentar es ese?

TROILO. Es, por la voz, nuestra demente hermana.

CASAN. (Dentro.)

¡Llorad, Troyanos!

HÉCT.

Es Casandra misma.

Entra CASANDRA con el cabello suelto.

CASAN. ¡Llorad, llorad, Troyanos! Diez mil ojos
Si me prestáis, veréis cuál los repleto
De lágrimas proféticas.

HÉCT. Hermana,
Calla, calla.

CASAN. ¡Doncellas y donceles,
Gente madura, ó ya arrugada y vieja,
Débil infancia que tan sólo llora,
Aumentad mis clamores! De esa suma
De duelo por venir algo paguemos.
¡Llorad, llorad, Troyanos! Vuestros ojos
Al llanto aleccionad, que Troya debe
Sucumbir: Ilión será postrada.
Mi hermano Paris, encendida tea,
Quema todo. Llorad, llorad, Troyanos,
¡Helena, sér fatal! Llorad sin tasa;
A Helena dad, ó el fuego á Troya abrasa.

(Vasc.)

HÉCT. Dí, joven Troilo, ¿de la hermana nuestra
Estos nobles proféticos arranques
Con el remordimiento no te hieren,
Ó enardeció tu sangre de tal modo
La demencia, que ya ni las razones
Ni el temor de perder en mala causa
Atemperarla pueden?

TROILO. La justicia,
Héctor, hermano mío, de los actos
No se debe medir por los efectos;
Ni debe decaer nuestro coraje

Porque ha perdido la razón Casandra.
 Sus dementes delirios no adulteran
 La bondad de una causa á la que todos
 Nuestro honor consagramos. Por mi parte
 Más interés no tengo del que tenga
 Otro hijo de Príamo. Ni Jove.

Permita que emprendamos cosa alguna,
 Para seguir luchando ó defendernos,
 Que repugne al escrúpulo más leve.

PARIS. ¡De baladí si no tachara el mundo
 Vuestros aplausos y la empresa mía!
 Pero á los cielos pongo por testigo;
 Vuestro consentimiento á mi deseo
 Alas prestó, matando los temores
 A tan audaz proyecto consiguientes.
 ¿Qué puedo yo con este aislado brazo,
 Ni qué puede el valor de un hombre solo,
 Para aguantar la enemistad y empuje
 De los que lucha semejante excita?
 Mas juro qué, aunque aislado yo tuviese
 Que soportarlo todo, y que tan grande
 Como mi voluntad mi fuerza fuera,
 Paris no desandara su camino,
 Ni para proseguirlo desmayara.

PRÍA. Hablas cual uno á quien sus propios goces
 Engríen, Paris. Libas miel. Lós otros
 Toman la hiel; por tanto, el ser valiente
 En ti no tiene mérito ninguno.

PARIS. Señor, no pienso sólo en los placeres
 A que belleza semejante invita,
 Y ojalá que la mancha se borrara
 Del rapto aquel con su custodia honrosa;
 Pero es faltar á la robada reina,

Para vosotros oprobiosa mancha,
 Y baldón para mí restituirla,
 Por la fuerza obligados torpemente.
 ¿Es posible que idea tan abyecta
 Haya nacido en almas generosas?
 El más humilde sér de nuestro bando
 De valor en su pecho no carece,
 Ni de espada en su mano, si se trata
 De defender á Helena, ni la vida
 Malgastada será del sér más noble,
 Pues logrará la gloria quien sucumba
 En pro de Helena. Por lo tanto, digo
 Que por ella luchar la pena vale,
 Pues no hay beldad alguna que la iguale.

HÉCT. Paris y Treilo, bien hablasteis ambos,
 Y sobre la cuestión que nos ocupa
 Glosado habéis, si bien á la ligera,
 Cual jóvenes, de quienes opinaba
 Aristóteles que eran incapaces
 De comprender moral filosofía.
 Esas razones que alegáis conducen
 A fomentar pasiones destempladas
 De envilecida sangre, sin que queden
 Los límites del bien y el mal marcados.
 Del goce y la venganza los oídos
 Más sordos á la voz de la justicia
 Que los áspides son. Naturaleza
 Reclama devolver lo suyo al dueño.
 Ahora bien: ¿cabe haber deuda más sacra
 Que la de la mujer á su marido?
 Si esta ley natural por las pasiones
 Se quebranta; si espíritus insignes
 Al ceder á deseos transitorios,

La resisten, los pueblos que son cultos
 Leyes también se fraguan, que refrenan
 Esos desordenados apetitos,
 Si así desobedecen refractarios.
 Si es Helena mujer de un rey de Esparta,
 Como lo es, esas morales leyes
 De la naturaleza y de los pueblos
 En alta voz que se devuelva piden.
 Persistir en el mal de esta manera,
 En vez del mal atenuar, lo agrava.
 La verdad proclamando, de este modo
 Habla Héctor; no obstante, yo me inclino
 A vuestro plan de retener á Helena,
 Animosos hermanos, pues asunto
 Es éste de gran monta, y del que pende
 La honra de cada cual y la de todos.

TROILO. El punto cardinal de nuestro objeto
 Ahora sí que has tocado. Si no fuera,
 Más bien que riendas dar á nuestra saña,
 La gloria nuestro fin, recabaría
 Que ni otra gota de troyana sangre
 Se vertiera ya más en su custodia.
 Mas del honor y de la fama emblema
 Es ella, Héctor, y ella el acicate
 De hazañas atrevidas y gloriosas.
 Su presencia no más, valor inspira
 Para humillar tal vez al enemigo,
 Y hará que el porvenir nos canonicé;
 Y seguro yo estoy que el bravo Héctor
 La grata proporción no perdería
 De conseguir la gloria que sonríe
 Sobre la frente misma de esta empresa,
 Ni por la renta de la tierra toda.

HÉCT. Con vosotros estoy, valientes hijos
 Del gran Príamo. Reto petulante
 A los ociosos turbulentos nobles
 De la Grecia envié, que con asombro
 Escucharán sus perezosas almas.
 Su general me dicen que dormía;
 Que la envidia en su ejército cundía;
 Tal vez yo los despierte.

(Vanse.)

ESCENA III.

Campamento griego. Ante la tienda de Aquiles.

Entra TERSITES.

TERS.—¿Cómo es eso, Tersites? ¡Cómo! ¿Perdido en el laberinto de tu propia rabia? ¿Va á ganar la partida ese elefante de Ayax? Él me pega, y yo me burlo de él. Bonita satisfacción. ¡Ojalá que fuera al revés! Pegarle yo, y que él de mí se burlara. ¡Voto va! Aprenderé á conjurar, á habérmelas con los demonios, y haré por que tengan efecto mis rencorosas maldiciones. Y luego Aquiles. ¡Gran ingeniero! Si Troya no se gana hasta que estos dos la minen, sus muros persistirán hasta que caigan por su propio peso. ¡Oh tú, gran lanzarayos del Olimpo! olvidate de que eres Jove, rey de los dioses; y tú, Mercurio, pierde el serpentino ingenio de tu caduceo si no anuláis del todo ese su escaso, su escasisimo ingenio; tan escaso, que la más supina ignorancia puede reconocer su escasez; tan escaso, que, aunque discutieran, no acertarian á libertar á una mosca de

una araña, sin que sus potentes hierros rompiesen la tela. Después de esto, ¡malhaya el campamento todo! Ó más bien, ¡dolor de huesos tenga! pues ésa creo que es la más apropiada maldición para los que guerrear por faldas. Ya he rezado. El diablo de la envidia diga amén. ¡Cómo! ¡Hola, mi señor Aquiles!

Entra PATROCLO.

PATR.—¿Quién está ahí? ¡Tersites! Amigo Tersites, entra y gruñe.

TERS.—Si me hubiera acordado de una moneda de similar, no te hubieras deslizado de mi memoria; pero ¿qué más da? Para ti, contigo basta. La maldición del mundo, la necedad y la ignorancia tus rentas sean. De consejeros guárdete el cielo, y la ciencia no te toque. Guíete tu carne hasta que te mueras; y si quien te amortaja asegura que eres bello cadáver, juraré una y mil veces que quien tal dice ha amortajado á lazarinos únicamente. Amén. ¿Dónde está Aquiles?

PATR.—¿Eres devoto? ¿Rezas?

TERS.—Sí. Óiganme los cielos.

Entra AQUILES.

AQUIL.—¿Quién está ahí?

PATR.—Tersites, señor.

AQUIL.—¿Dónde, dónde? ¿Con que, por fin, viniste? Vaya, queso mío, digestivo mío. ¿Por qué no te has servido á mi mesa últimamente? Vamos á ver: ¿qué es Agamenón?

TERS.—Tu jefe, Aquiles. Ahora bien: dime tú, Patroclo: ¿qué es Aquiles?

PATR.—Tu señor, Tersites. Ahora bien: dime tú, por favor: ¿qué eres tú?

TERS.—Quien te conoce, Patroclo. Ahora bien, Patroclo, dime tú: ¿qué eres tú?

PATR.—Dilo tú, que me conoces.

AQUIL.—¡Oh! dilo, dilo.

TERS.—Resumiendo: Agamenón es jefe de Aquiles; Aquiles es mi señor; y yo conozco á Patroclo, y Patroclo es un necio.

PATR.—¡Bribón!

TERS.—Calla, necio. No he concluído.

AQUIL.—Goza de inmunidad. Sigue, Tersites.

TERS.—Agamenón es un necio. Aquiles es un necio. Tersites es un necio; y, como queda dicho, Patroclo es un necio.

AQUIL.—Pruébalo; vamos.

TERS.—Agamenón es un necio pretendiendo mandar á Aquiles; Aquiles es un necio por dejar que Agamenón pretenda mandarlo; Tersites es un necio por servir á semejantes necios, y Patroclo es un necio real y positivamente.

PATR.—¿Por qué soy yo necio?

TERS.—Pregúntaselo al Creador. A mí me basta que lo seas. Mira quién viene ahí.

AQUIL.—Patroclo, no quiero ver á nadie. Vente conmigo, Tersites.

(Vase.)

TERS.—¡Cuánta hipocresía, cuánta embustería y cuánta pillería! Todo el asunto se reduce á un cornudo y á una meretriz. ¡Bonita cuestión para suscitar envidias y verterse sangre! ¡Mala peste en todo ello, y que la guerra y la lujuria lo confunda!

(Vase.)

Entran AGAMENÓN, ULISES, NÉSTOR, DIÓMEDES
y AYAX.

AGAM. ¿Dónde está Aquiles?

PATR. En su tienda, señor; pero indispuerto.

AGAM. Que sepa que aquí estoy. Mis emisarios
Escarneció; pero de lado pongo
Jerarquías, y vengo á visitarle.
Que lo entienda; no vaya, por ventura,
A pensar que mi puesto no conozco
Ni sé quien soy.

PATR. Se lo diré yo mismo.

(Vase.)

ULISES. Lo vimos á la puerta de su tienda;
No está enfermo.

AYAX.—Si lo está. Su enfermedad es la del león. La
enfermedad de la soberbia. Llamadla melancolía si no
queréis ofender á ese hombre; pero, por mi cabeza, jurara
que es orgullo. Pero ¿por qué, por qué? Que nos diga
por qué razón.—Señor, una palabra.

(Se aparta con Agamenón.)

NÉST.—¿Por qué le habla Ayax de ese modo?

ULISES.—Porque Aquiles le ha birlado su bufón.

NÉST.—¿A Tersites?

ULISES.—Al mismo.

NÉST.—En ese caso poco tendrá que decirnos Ayax,
pues habrá perdido el único tema que tenía.

ULISES.—No. Ya veréis. Su tema es quien tiene su
tema: Aquiles.

NÉST.—Tanto mejor. Que estén desunidos nos tiene

más cuenta que su unión; pero lazo harto fuerte era para que un necio lo desatara.

ULISES.—La amistad que la discreción no ata, fácilmente desata la necesidad. Aquí viene Patroclo.

NÉST.—Y sin Aquiles.

ULISES.—Coyunturas tiene el elefante, pero no para hacer cortesías. Sus patas le sirven para mantenerse y no para genuflexiones.

Vuelve á entrar PATROCLO.

PATR. Decir me ordena Aquiles que lamenta
Que vuestra excelsitud y noble corte
Vengan á verle, como no haya sido
Por pura diversión ó pasatiempo.
Que confía será por eso solo,
Pues después de comer es oportuno
Para la digestión tomar el aire.

AGAM. Patroclo, escucha. Por demás nos tiene
Avezados á oír tales respuestas;
Mas su evasiva, aunque las prontas alas
Del escarnio la adornen, en su vuelo
A mi agudeza aventajar no logra.
Méritos grandes tiene; y, siendo justos,
Los admitimos todos. Sin embargo,
Sus buenas cualidades no se emplean
Por su parte en el bien, y á nuestros ojos
Perdiendo poco á poco van su brillo.
Sí: riquísimos frutos mal guisados,
En el plato se quedan y se pudren.
Véte, y dile que á hablarle hemos venido;
Y no estará de más que, acaso, añadas
Que más soberbio, pero menos bueno,

Juzgamos que es de lo que ser debía;
 Más grande por la estima en que él se tiene
 Que por la fama que le dan. Que sepa
 Que quienes valen más aquí soportan
 Su descortés conducta, y se desprenden
 De su poder sagrado, conllevando
 Con bondad sus fantásticas manías.
 Aún más: mimando sus caprichos locos,
 El flujo y el reflujo de su genio,
 Cual si con su corriente navegara
 Todo el negocio este. Se lo dices.
 Y agrega que si en tanto se avalora,
 Que no nos hace falta. Que se quede
 Como máquina fija, y que diremos
 Que sirve donde está, que no guerrea.
 A diligente enano preferimos
 A gigante que duerme. Se lo dices.

PATR. Está bien. Su respuesta traeré luego.

(Vase.)

AGAM. No he de aceptar que otro por él nos hable;
 A verle hemos venido. Ulises, entra.

(Vase Ulises.)

AYAX.—¿Vale más que otro cualquiera?

AGAM.—No; pero él se lo cree.

AYAX.—¿Vale siquiera tanto? ¿Crees que se considera más hombre que yo?

AGAM.—Sin duda.

AYAX.—¿Confirmas su opinión y crees tú que acierta?

AGAM.—No, noble Ajax. Tú eres tan fuerte como él, tan valiente, tan discreto, no menos noble, mucho más cortés, y sin disputa alguna más tratable.

AYAX.—¿Por qué hay orgullosos? ¿Cómo nace el orgullo? Yo no sé lo que es orgullo.

AGAM.—Tu inteligencia es más lúcida, Ajax, y tienes mejores cualidades. El orgulloso se come á sí mismo. El orgullo es su espejo, su clarín, su crónica, y cualquiera que se alaba de otro modo que con sus obras, las devora con sus alabanzas.

AYAX.—Odio yo al orgulloso tanto como criar sapos.

NÉST.—(Aparte.) Y se quiere no obstante. ¿No es raza?

Vuelve á entrar ULISES.

ULISES. Al campo Aquiles no saldrá mañana.

AGAM. ¿Qué razón da?

ULISES. No da razón alguna.

Navega de su gusto en la corriente
Sin consideraciones ni respetos,
De su capricho y presunción guiado.

AGAM. ¿Por qué no quiere abandonar su tienda,
Cortesés al rogárselo, y el aire
Con nosotros tomar?

ULISES. A pequeñeces

Importancia les da si se le piden.
Tan poseído está de su grandeza,
Que á sí mismo se habla con respeto,
Y mide cuidadoso sus palabras.
Su imaginado mérito en su sangre
Con tal ardor contiene, que en la lucha
Que entre su cuerpo y alma se provoca,
Aquiles, como reino conmovido,
Se destroza á sí propio. ¿Qué os diría?
Es ya tan pestilente su soberbia,

Que proclaman sus síntomas mortales:
«No hay remedio».

AGAM. Que Ajax á verlo vaya.

Salúdalo en su tienda, caro amigo.

Que te estima se dice, y á tu ruego

Algo, quizá, de su carácter ceje.

ULISES. ¡Oh! no hagas eso, Agamenón. Los pasos

Que Ajax dé que de Aquiles lo separen

Debemos bendecir. Al noble altivo

Que unta su orgullo con su propia grasa,

Que mundanal negocio no tolera

Penetrar en su mente, sino asunto

Que él mismo ha concebido y ha rumiado,

¿Va á rendir culto el predilecto nuestro?

No. Señor tan valiente y archidigno

No ajará con mi venia los laureles

Que adquirió con honor, ni va á humillarse,

Pues vale tanto como vale Aquiles,

A Aquiles visitando.

Es engordar su corpulento orgullo;

Eso es al Cáncer añadir carbones

Cuando á Hiperión recibe refulgente.

¡Que lo visite Ajax! Jove, tronando,

Lo evite, y diga: «Vaya á verlo Aquiles».

NÉST. (Aparte.) ¡Oh, va muy bien! El flaco le conoce.

DIÓM. (Aparte.) ¡Cómo en silencio los aplausos bebel!

AYAX. Si lo he de visitar, con mi manopla

Un puñetazo le daré en la cara.

AGAM. ¡Ah, no; no debes ir!

AYAX. Como orgulloso

Se me muestre, amansar sabré su orgullo.

Dejad que vaya.

ULISES. Ni por todo el precio

Que vale nuestra empresa.

- AYAX. ¡Miserable!
 ¡Insolente!
- NÉST. (Aparte.) ¡Qué bien que se describe!
- AYAX. ¿No puede ser cortés?
- ULISES. (Aparte.) El cuervo insulta
Lo negro.
- AYAX. Haré que sangren sus caprichos.
- AGAM. (Aparte.) Ser debiera éste médico paciente.
- AYAX. ¡Si todo el mundo como yo pensara!
- ULISES. (Aparte.) El ingenio de moda no estaría.
- AYAX. No lo aguantara yo, que espadas antes
Engullera. ¿A ganar va la soberbia?
- NÉST. (Aparte.) Tú ganarías la mitad pudiendo.
- ULISES. (Aparte.)
De diez partes, las diez.
- AYAX. He de amasarlo.
Blando yo lo pondré.
- NÉST. (Aparte.) Calor le falta;
Es fuerza que extreméis vuestros encomios.
Más, más; que su ambición está sedienta.
- ULISES. (A Agamenón.)
Harto, señor, pensáis en este lance.
- NÉST. Que no os preocupe, noble jefe nuestro.
- DIÓM. A luchar preparaos sin Aquiles.
- ULISES. Le causan mal al celebrarle tanto.
A un hombre ved aquí.—Se halla presente.—
Me callaré.
- NÉST. Pero ¿por qué te callas?
Ambicioso no es cual lo es Aquiles.
- ULISES. Pues sepa el mundo que le iguala en brío.
- AYAX. ¡Perro, hi de tal! ¡Burlarse de nosotros!
¡Que no fuera Troyano!

- NÉST. Grande mancha
Sería la de Ajax....
- ULISES. Si fuera altivo.
- DIÓM. Ó buscara el elogio.
- ULISES. Sí por cierto,
Ó discolo de suyo.
- DIÓM. Ó reservado,
Ó egoista.
- ULISES. Señor, de genio dulce,
Al cielo gracias, eres tú. Bendito
Quien te engendró, la que te dió su pecho.
Gloria al maestro tuyo, pero gloria
Mayor á tus talentos naturales,
Que á toda erudición atrás dejaron.
En cuanto á aquel que te adiestró á la lucha,
Que Marte en dos su fama eterna parta
Y te dé la mitad. Tocante á fuerzas,
Su gloria Milo, el cargador de toros,
Al vigoroso Ajax ceder le toca.
Tu discreción enaltecer no quiero,
Confín, límite, cerca que rodea
Tus múltiples y vastas cualidades.
Néstor es éste, á quien la edad instruye;
Debe ser, es, y es fuerza que sea sabio.
Pero perdón te pido, padre Néstor.
Verdes cual los de Ajax fueran tus días,
Y fuera tu cerebro de su temple,
En preeminencia no lo aventajaras:
Sólo fueras Ajax.
- AYAX. ¿Te llamo padre?
- NÉST. Sí tal, hijo querido.
- DIÓM. Que él te guíe,
Noble Ajax.

ULISSES. Es inútil detenernos.
Del matorral no sale el ciervo Aquiles.
Que nuestro insigne general reuna
Su consejo de guerra, que otros reyes
A Troya acaban de llegar. Mañana
Formar debemos nuestras fuerzas todas.
Ved á este jefe. Desde el orto á ocaso
Vengan nobles. Su flor que se presente.
Nadie de Ajax podrá ponerse enfrente.

AYAX. Al consejo de guerra. Aquiles sobra.
Vuela el esquife, el galeón zozobra.
